

viento. Este accidente interpretaron sus brujos y viejos como signo de que era llegada la vez de acabar á los españoles, y él fué la causa de la desastrosa muerte de Arce, acto primero de la rebelión.

Tanto y tan pronto creció ésta, que ya cuando Alvarado vino á dar auxilio, estaban levantados y fortificados en el cerro del Mixtón los indios de casi toda esa tierra y llevaban vencidos varias veces á los vecinos de Guadalajara en los asaltos que les habían querido dar y les tenían tan azorados, como lo muestran estas palabras con que Juan de Villarreal presentó al Adelantado, en Zapotlán, los despachos del Cabildo de Guadalajara: «Estas cartas vienen escritas con lágrimas de afligidos: son del gobernador interino del reino de Galicia, Cristóbal de Oñate, y del Consejo y Regimiento de la Ciudad de Guadalajara; por Dios y por el servicio que hará V. S. á Su Majestad, le requiero socorra aquel reino y aquella ciudad, porque de no, se pierde todo; y esto con brevedad, Señor».

Estaban los indios reunidos y armados en el cerro del Mixtón y los cercanos, bajo el mando del famoso Don Diego el Zacateco, y tan soberbios que á todas las intimaciones de los españoles contestaban con burla y menosprecio, diciendo que ellos defendían su tierra y á los españoles correspondía evacuarla.

Cuando Alvarado llegó á Tonalán (sitio en que entonces estaba Guadalajara), se hacían las exequias á los españoles é indios aliados muertos días antes en el funesto encuentro de Peñolote y de cuya vista recibió no poco enojo aquel fiero caudillo, hecho á vencer en todas ocasiones, y aún llegó á manifestar su desabrimiento á Oñate, reprochándole á él las derrotas sufridas, diciendo: «á mí me parece, no se debe dilatar el castigo de estos bárbaros; vergüenza es, que estos gatillos hayan dado tanto cuidado á V. V. y hayan hecho tanto ruido. Con me-

nos gente de la que traigo habría para sujetarlos».

A lo que contestó Oñate sonrojado por el reproche, que no había faltado valor para vencer á los indios; que todos habían cumplido con su deber; «y en más de diez años de Nueva Galicia, mayor dificultad he hallado en conservar lo ganado que en descubrir de nuevo tierras. En la Nueva España había ciudades, villas y pueblos; y los caciques tenían muchos bienes que defender; por lo que estaban los ánimos más divididos. En Nueva Galicia todo es distinto; son gatillos como dice V. S., que si de una montaña los bajamos, se suben á otra; se hacen fuertes y nos dejan estropeados sin lograr presa alguna; mudan con facilidad sus familias, y las esconden en los riscos y quebradas de los cerros; á más de que sus reuniones son mayores, por ser menos las disensiones que han tenido».

No persuadieron estas razones al temerario acompañante de Cortés, antes, dando á entender que el de Oñate «remiso andaba y cobarde y hablador en demasía», aseguró resuelto y enfadado: «que él había de ir con su gente al Peñol de Nochixtlán, sin que le acompañase un solo soldado de la ciudad» y que en cuatro días había de «allanar la tierra», porque quería embarcarse luego; disponiendo á la vez que Oñate y los suyos quedasen en guardia de la ciudad.

«Siempre—dice el cronista Frexes,— será verdad que los hombres vanos y soberbios cuanto más se elevan sobre sus semejantes, tanto más se aproximan á su ruina». . . . Y les compara con una «embarcación sin timón y empujada de vientos favorables á toda vela, que cuanto más corre tanto más es inevitable su naufragio en el primer escollo»; y después de estas morales reflexiones refiere cómo habiendo salido don Pedro con sus soldados para el Peñol de Nochixtlán, halló este cerro murallado «nada menos que